

# América Latina y la lucha económica del Tercer Mundo

RSO  
GLD

por Pedro Vuskovic



## *Un momento de confrontaciones decisivas*

ASISTIMOS a un momento histórico de confrontaciones decisivas en el plano mundial, entre los intereses y aspiraciones del mundo subdesarrollado y las variadas formas de dominación del capitalismo internacional.

La afirmación y subsistencia, o la clausura de proyectos nacionales verdaderamente independientes; la preservación y desarrollo, o el retroceso implacable de formas democráticas de organización social; la atenuación o profundización extrema de las disparidades y desigualdades entre unos y otros países; las perspectivas de superación o la agudización de la miseria como rasgos distintivos de las relaciones entre ellos; y la propia institucionalidad internacional —su perfeccionamiento o su crisis definitiva—, son todas cuestiones que están dependiendo de los resultados de esa confrontación.

Hay factores objetivos que explican un grado tal de agudización de las contradicciones:

De un lado, el capitalismo internacio-

nal recibe el triple y simultáneo efecto de sus propias leyes de funcionamiento, de su confrontación siempre presente con el mundo socialista, y de la competencia entre las potencias que los constituyen por la hegemonía y el reparto. Ante ello, encara la necesidad imperiosa de sostener su dominación sobre el mundo subdesarrollado, de planificar su actividad en una escala mundial, de reorganizarse a sí mismo, constituyendo a las grandes empresas transnacionales en el instrumento de penetración generalizada en los países dependientes para controlar desde su interior recursos, mercados, fuentes de acumulación y aplicaciones tecnológicas.

Por su parte, en los países subdesarrollados ha terminado de madurar una conciencia generalizada sobre la medida en que su atraso es consecuencia de la dominación y la dependencia externas, y sobre la urgencia de atacar sus causas, y superar sus resultados según se expresan en los niveles de vida material de la mayoría de sus poblaciones.

En el curso de esa confrontación, vienen disipándose conceptos y expectati-

vas que llegaron a arraigarse poderosamente, a través de una insistente e interesada propaganda ideológica. La imagen de una "comunidad de intereses", que oculta contradicciones de fondo, se derrumba ante los hechos reiterados que el propio imperialismo se encarga de protagonizar; la apelación frecuente de las potencias capitalistas a la "solidaridad universal" para la resolución de los problemas, exhibe su inconsecuencia toda vez que sus intereses se ven amagados; y sus enunciados éticos sobre la convivencia internacional quedan olvidados en cada oportunidad en que coinciden, para esas potencias, conveniencia y posibilidad de resoluciones por la fuerza.

En ese cuadro se sitúan los esfuerzos y luchas de la parte no sometida incondicionalmente del Tercer Mundo.

### *Fuerza y debilidad de la aportación latinoamericana*

La aportación de la región latinoamericana, a esos esfuerzos y luchas necesarias del Tercer Mundo, encierra a la vez factores de fuerza y de debilidad.

Un conjunto de países que reúne algo más del 8% de la población mundial, aproximadamente 4% del ingreso e igual proporción de las corrientes del comercio internacional, representan ciertamente, como conjunto, una fuerza que no puede desconocerse.

Además, la región latinoamericana contiene una proporción considerable de los recursos naturales, renovables y no renovables de la humanidad.

Sus recursos humanos representan no

sólo una fuerza de trabajo de dimensión considerable, sino también de calificaciones culturales, científicas y técnicas.

Y están también las contribuciones de una ya larga experiencia histórica acumulada por un subcontinente en el que una mayoría de sus países registran más de siglo y medio de vida como naciones formalmente independientes, experiencia que se proyecta en un doble sentido: el ya largo recorrido de sus relaciones y formas de inserción en la economía mundial, en el que ha conocido las más variadas modalidades de dominación, intervención y explotación imperialistas, y ha aprendido la significación que tienen los lazos acumulados de la dependencia; y los esfuerzos frustrados por afirmar un camino de desarrollo dentro de los marcos de un sistema de capitalismo dependiente.

La misma experiencia y el número de unidades nacionales con representación en la institucionalidad internacional, constituyen potencialmente un aporte especialmente significativo en ese plano de confrontación.

Todos esos factores positivos se radican y expresan sin reservas en la voluntad de los pueblos latinoamericanos, fortalecida por una conciencia antimperialista generalizada y cada vez más profunda. Pero no ocurre igual con todos los gobiernos que asumen su representación, y es allí donde están sus factores de debilidad. La propia lucha popular desafía permanentemente los intereses del imperialismo; la penetración de las transnacionales reduce progresivamente el espacio económico de las burguesías nacionales y la somete o convierte en socios menores o agente

de sus intereses, apartándolas de proyectos de contenido nacional independiente; el agotamiento de su esquema de crecimiento económico induce a las fuerzas reaccionarias a buscar nuevos factores de impulso dinámico en una superexplotación de los trabajadores, que entregue mayores recursos para la acumulación capitalista.

Entonces, la represión y la persecución políticas se convierte en requerimientos indispensables para prolongar la dependencia y sostener las condiciones de superexplotación. Se desvanece la ilusión democrática en la dependencia y el subdesarrollo, y surgen nuevos esquemas fascistas como sistema último de dominación, arrasando con décadas de desarrollo institucional, abriendo nuevas formas de colonización y subordinación, y transformando a las fuerzas armadas nacionales en verdaderos ejércitos de ocupación por cuenta de potencias extranjeras.

Es un hecho que más de la mitad de la población latinoamericana vive hoy día bajo regímenes fascistas o fascizantes. Pues bien, los gobiernos que encarnan esos regímenes, de los que la dictadura fascista chilena es una de sus expresiones extremas, no están para contribuir a los objetivos de liberación del mundo subdesarrollado y dependiente, sino por el contrario para obstaculizarlos y para profundizar su dependencia.

De ahí que para los pueblos latinoamericanos, para las fuerzas antimperialistas y los gobiernos progresistas de América Latina, la dimensión del Tercer Mundo sea hoy una dimensión necesaria. Entendido que la aportación latinoame-

ricana a su lucha no se valora ni fortalece legitimando o tolerando la presencia de esas dictaduras fascistas, sino solidarizándose con los pueblos que las combaten. En las condiciones actuales de América Latina, la lucha por los objetivos de liberación y las reivindicaciones del Tercer Mundo identifica la lucha contra el imperialismo exterior con la lucha contra las expresiones fascistas que lo representan en su interior.

### *Cinco chantajes y desafíos*

Esa fortaleza interior y exterior es indispensable para enfrentar las acciones de fuerza que emprende permanentemente el imperialismo. Lo es también para responder a los chantajes que vienen constituyéndose en su práctica habitual. Es a la consideración de éstos que se dedica la mayor parte del contenido de esta comunicación.

En primer lugar, está el *chantaje institucional*, expresado en el plano de la institucionalidad internacional. La amplia representación que ha llegado a tener el Tercer Mundo en la Asamblea General de las Naciones Unidas es contrarrestado por el ejercicio del veto en el Consejo de Seguridad, por las insinuaciones de que el gobierno norteamericano reduciría sus aportaciones financieras a la entidad, y por las reiteradas amenazas de su eventual retiro de esa organización, acompañadas estas últimas de conceptos despectivos hacia el mundo subdesarrollado y de la amenaza prepotente de que "los Estados Unidos continuarán dando a conocer dónde se encuentran los límites que ellos mismos se han fijado". De sostenedor de una

institucionalidad internacional mientras servía dócilmente a sus fines y amparaba el desarrollo de otros tantos instrumentos de dominación y dependencia, el imperialismo norteamericano se transforma en su adversario, procurando el retorno a las relaciones “bilaterales” en lugar de los entendimientos multilaterales, resistiendo el perfeccionamiento de esa institucionalidad y su adecuación a los nuevos requerimientos, así como toda forma de asociación soberana de los países dependientes. Al mismo tiempo, reclama la impunidad para sus variadas formas de intervención; legitima la acción de la CIA, reconociendo y justificando la sucesión de hechos que han sido objeto de revelaciones recientes y han recibido el repudio de la opinión mundial; se convierte en árbitro que decide la “estabilización” o “desestabilización” de gobiernos; y moviliza su fuerza militar toda vez que las presiones diplomáticas o económicas le resultan insuficientes.

En segundo lugar, está el *chantaje financiero*. Una deuda acumulada por el Tercer Mundo que supera los 100,000 millones de dólares y un déficit de sus balanzas de pagos que el año recién pasado alcanzó a 35,000 millones de dólares, representa un factor poderosísimo de dependencia. La experiencia latinoamericana a este respecto es concluyente: la dinámica del endeudamiento exterior conduce inevitablemente a un círculo creciente de acumulación de deudas; los nuevos endeudamientos terminan por no representar aporte alguno a sus objetivos económicos sino que son absorbidos en su totalidad por los servicios de las deudas anteriores; las obli-

gaciones anuales llegan a representar proporciones hasta de 40% de sus ingresos corrientes de exportación; y en los momentos en que la voluntad imperial decide cerrar u obstaculizar el acceso a nuevas operaciones, deja planteada la inminencia de un colapso financiero —y de su comercio exterior— al país correspondiente. Entretanto, los Estados Unidos dominan los mecanismos financieros internacionales y acrecientan su poder financiero propio, como consecuencia de sus operaciones privilegiadas de comercio y de traslación de recursos financieros que paradójicamente se hace desde los países subdesarrollados, a través de las operaciones de las grandes corporaciones transnacionales (incluidas muy principalmente las empresas petroleras).

En tercer lugar, está el *chantaje del hambre*. Lo sostiene apoyándose en el hecho dramático de que cientos de millones de personas en los países subdesarrollados sufren literalmente de hambre y subalimentación, en tanto buena parte de la oferta de alimentos proviene de los grandes países capitalistas. Las estimaciones de la FAO, a partir de las tendencias de producción y demanda que vienen registrándose, concluyen que en diez años los países pobres dependerían para el abastecimiento de su población de importaciones siempre crecientes, con un déficit de cereales que se situaría entre los 85 y 100 millones de toneladas, lo que a un precio medio de 200 dólares por tonelada representaría una “factura” anual de 17 a 20 millones de dólares. De ahí que los voceros más autorizados del gobierno norteamericano no oculten su crite-

rio de que “la agricultura es un arma política”, y que por su parte el Presidente de México haya debido denunciar públicamente “el manipuleo político internacional con los programas de ayuda alimentaria”.

En cuarto lugar, está el *chantaje de los recursos no renovables*. De un tiempo a esta parte se ha hecho persistente la transmisión de opiniones en el sentido de que se está confrontando una situación de agotamiento próximo de importantes recursos no renovables, que en definitiva se convertirían en una limitación al crecimiento económico de la humanidad difícil de sobrepasar. Tales apreciaciones encierran riesgos muy grandes para el mundo subdesarrollado, ya sea que se constate su fundamento objetivo o que simplemente se las tome como base de decisión de la política de recursos que defina el capitalismo internacional. Porque en tanto se las tome como hipótesis que influya en sus decisiones, se tenderá a concluir que, puesto que los países subdesarrollados son depositarios importantes de tales recursos, será necesario mantener las bajas tasas de desarrollo industrial y niveles de vida en el Tercer Mundo para que el excedente de producción primaria siga existiendo; de otro modo, la mayor demanda interna en los países subdesarrollados absorbería los excedentes exportables, enfrentando a los países industrializados a su encarecimiento y disminución de sus abastecimiento críticos; y desde esta perspectiva, el subdesarrollo de “la periferia” constituiría una condición necesaria para el mantenimiento de las tendencias de la producción y crecimiento de los países capitalistas in-

dustrializados. Puesto que tal argumentación no podría exhibirse públicamente, los intereses del imperialismo pretenden encubrirse en una formulación “universalista”, sosteniendo que desde el momento que las dotaciones relativas de los recursos en los ámbitos de territorios nacionales determinados son resultado del azar, su disposición debería ajustarse a los marcos de “los intereses generales de la humanidad” con el obvio propósito de restar legitimidad a las decisiones propias de los países subdesarrollados.

Y en quinto lugar, está el *chantaje de la tecnología y del conocimiento*. Ha sido probablemente el instrumento de dominación y dependencia mejor cuidado por los intereses del imperialismo, en sus diversos campos de aplicación. Lo ha hecho en materia de reconocimiento y evaluación de recursos naturales, monopolizando las técnicas correspondientes, vendiendo a buen precio sus servicios al mundo subdesarrollado y mediando la comunicación de sus verdaderos resultados a los países interesados en función de las expectativas particulares de grandes corporaciones transnacionales. Ha especulado con procedimientos, licencias, marcas de fábricas y patentes, transformándolas en factores de drenaje permanente de recursos financieros desde los países menos desarrollados, y condicionando su aplicación con cláusulas restrictivas de modo que no afecten su competencia privilegiada a las corrientes del comercio mundial. Los ha utilizado como elemento de extorsión para forzar la penetración de sus inversiones directas o para crear mercados cautivos para sus equi-

pos y producciones intermedias. Los ha utilizado también como instrumento de colonización cultural, de aplastamiento de vocaciones y valores propios, de inducción a la imitación en los hábitos de consumo y las formas de vida material. Y ha logrado crear todo un mito sobre la “incapacidad tecnológica” del Tercer Mundo”.

Así están planteadas las cosas. Son los cinco desafíos inmediatos del imperialismo que se suman a sus acciones de intervención por la fuerza, y respecto de los cuales el mundo subdesarrollado tiene a la vez la exigencia y las posibilidades de dar las respuestas correspondientes.

### *Una redefinición sustantiva de las relaciones económicas internacionales*

Hay que hacerse cargo y responder al “chantaje institucional”. No sólo para defender la institucionalidad amenazada, sino para impulsar con más firmeza aun su fortalecimiento y su adecuación a las necesidades de los países dependientes. Porque lo que viene ocurriendo, aun en las condiciones actuales, es una marginalización creciente de los países subdesarrollados de los avances del desarrollo mundial. Asistimos a una crisis de los términos de inserción de estos países en la economía mundial; y esa crisis demanda ineludiblemente, entre otras cosas, una redefinición sustantiva de las relaciones económicas internacionales y la adecuación consecuente de la institucionalidad internacional.

Hay ilustraciones muy claras de esa crisis.

Tras muchas palabras sobre la necesidad de “acortar la brecha” de ingreso entre los países más ricos y los más pobres, las dos décadas anteriores no mostraron resultado alguno, como no fuera para acrecentarla aun más. En ese periodo, la tasa de aumento anual del producto bruto del conjunto de los países subdesarrollados no logró equiparar a la del promedio mundial (5% y 5.5% respectivamente); y la disparidad fue mucho más acentuada en términos del producto por habitante, mientras el promedio mundial registró un incremento de 3.5 anual, la tasa correspondiente fue de 2.5 para los países subdesarrollados en su conjunto, y de 2.4% para los latinoamericanos en particular. Además, no es sólo un problema de porcentajes de crecimiento; cuando el producto por habitante en los Estados Unidos aumenta 1%, ello significa cerca de 60 dólares más de producto por persona al año; cuando el de Bolivia aumenta en el mismo 1%, ello representa un incremento apenas de 2 dólares anuales por habitante.

De modo aun más elocuente se refleja esa “crisis de inserción” en la incapacidad de las estructuras actuales del comercio internacional y las relaciones económicas entre los países, en el mundo capitalista, para siquiera mantener la posición relativa de los países subdesarrollados en el comercio mundial. En el caso de América Latina, lo que ha habido es un descenso dramático: en los años 1950/1951, sus exportaciones representaban alrededor de 10% de las exportaciones mundiales;

hacia 1960, esa proporción había descendido a poco más de 6% y en 1973 llegó a ser de apenas 3.9%. Con menor intensidad, es un proceso que alcanza igualmente a otras áreas subdesarrolladas, puesto que la participación del conjunto de los países subdesarrollados cayó en iguales periodos —hasta antes del aumento de los precios del petróleo— desde 31% a 21.4 y 18% respectivamente.

Se trata sólo de dos ilustraciones de lo que viene constituyendo en la realidad ese proceso de marginalización de los países dependientes. Ante hechos como esos, resulta menos irónico cuestionar la legitimidad de las demandas y acciones de los países subdesarrollados para replantear sustantivamente los términos de las relaciones económicas externas y consecuentemente de la institucionalidad internacional vigente. Entendido además que se trata con ello de un sólo aspecto, entre otros de orden interno y externo que están igualmente en el centro del problema. Y que tales acciones están apenas en su inicio, después de los múltiples y fatigosos intentos de conciliación de intereses, de concurrencia “armónica” a fórmulas en que los grandes países capitalistas han mostrado disposición a participar sólo en tanto respondían “satisfactoriamente” a sus intereses particulares. En su inicio, porque las proposiciones adelantadas hasta ahora hacia la conformación del “nuevo orden económico internacional”, con todo lo que representan de avance positivo, están todavía lejos de constituir garantía suficiente para una reversión efectiva de las tendencias anotadas.

Incluso en el plano de los recursos naturales, hay derechos que se transforman por la exigencia actual en elementales y que no son aún reconocidos plenamente. Es el caso, por ejemplo, del concepto mismo de “costo” de los recursos, de modo que se acojan debidamente las imputaciones necesarias por agotamiento, por reposición, por investigaciones técnicas, como elementos integrantes de un precio legítimo; o el derecho a la decisión plena sobre a quién ha de beneficiar la explotación de tales recursos, porque puede haber mejores precios para terminar beneficiando a empresas extranjeras, a los mismos intereses del imperialismo, y se plantean por lo tanto las cuestiones de propiedad, del derecho a la nacionalización, y al reconocimiento en ellas de recuperaciones y compensaciones históricas no menos legítimas (como la planteada en la “doctrina Allende” a propósito del cobre de Chile); o del derecho a definir políticas apropiadas de uso y conservación, de modo que sean las grandes corporaciones transnacionales las que decidan qué recursos se explotan hasta su agotamiento y cuáles se reservan.

Todo ello está envuelto en el problema, y terminará por incorporarse a la respuesta necesaria frente al chantaje institucional del imperialismo.

### *La deuda acumulada: prueba de fuego para la cooperación económica internacional*

Se requiere también una respuesta de alcance comparable respecto al chantaje financiero.

La disposición del imperialismo a aceptar adecuaciones parciales a los organismos financieros internacionales, que en su momento fueron instituidos por el mismo —muy señaladamente el Fondo Monetario Internacional— representa concesiones menores, que atenuarán unos problemas a corto plazo pero quedarán muy distantes de resolverlos en su raíz.

En las condiciones de hoy, un problema evidentemente central se sitúa en las consecuencias de la deuda acumulada. Los compromisos que representa reducen gravemente a los países subdesarrollados las posibilidades de utilizar sus ingresos corrientes de exportación en la importación de los productos y servicios que demandan sus poblaciones y requiere su desarrollo, ya que una alta proporción de ellos queda absorbida por los pagos de amortización e intereses. Toda “facilidad” adicional en la forma de nuevos préstamos que compensen ese drenaje en lo inmediato, no hace sino realimentar un círculo creciente de endeudamiento que va agravando la magnitud del problema para los periodos siguientes. Y esa acumulación progresiva de deuda constituye para el mundo subdesarrollado uno de los lazos más sensibles de dependencia y subordinación.

Si hubiéramos de apelar una vez más a la cooperación económica y financiera internacional de los países industrializados en beneficio de los subdesarrollados, y si de verdad se trata como se ha proclamado tantas veces de una política de solidaridad y no de sumisión, no habría tal vez otra contribución más efectiva, por su significa-

ción económica y sus implicaciones políticas, que una resolución definitiva a la asfixiante situación de esa deuda.

Dicho de modo más directo: bastaría que la mitad del 0.7% del producto bruto anual de los países adelantados —proporción comprometida y no cumplida hasta ahora como meta de ayuda— se aportara a un fondo de amortización de la deuda, para que ésta se extinguiera en un plazo de diez años. Los países subdesarrollados quedarían así liberados de inmediato de una carga ya insostenible, y podrían disponer desde ese mismo momento de la plenitud de sus ingresos corrientes de exportación, de los que por lo demás la mayor parte se canalizaría hacia el aumento de sus compras en los países desarrollados.

Es claro que no se trata simplemente de una fórmula aritmética. Lo que queda colocado sobre la mesa con una proposición de esa naturaleza es en definitiva la viabilidad o la no viabilidad de un apoyo real y que no involucre compensaciones equivalentes (directas o indirectas, económicas o políticas) de los países desarrollados a los subdesarrollados. Vendría, pues, a constituir una prueba de fuego de la significación más trascendente, para los principios de la cooperación económica internacional que se han proclamado y suscrito.

### *Hay que responder al chantaje del hambre*

Independientemente de lo anterior, y también de las motivaciones que lo inducen, es urgente responder al chantaje



del hambre. La subalimentación es una realidad palpable y trágica en el mundo subdesarrollado y constituye uno de los desafíos más perentorios que enfrenta en estos momentos.

Sería ilusorio buscar una solución duradera a ello en los suministros que provengan de los países capitalistas industrializados y los programas de ayuda alimentaria exterior. Salvo casos particulares de determinados países subdesarrollados, las soluciones a este problema tienen que darse fundamentalmente al interior del propio mundo subdesarrollado. Para ello cuenta con la condición básica de una disposición relativamente amplia de recursos naturales: millones de hectáreas aptas para el cultivo que permanecen en reserva, y otras tantas o más, bajo explotación en condiciones tales que sus rendimientos son una fracción de los que potencialmente podrían alcanzarse.

Hay que reconocer a este respecto que los problemas son de otra naturaleza, mucho menos dependientes de los términos de las relaciones económicas con los países adelantados y mucho más vinculados a factores internos. La situación de hambre y desnutrición forman parte generalmente de un cuadro más amplio de condiciones de "extrema pobreza", que suelen contrastar al interior de los mismos países subdesarrollados con grupos sociales relativamente pequeños que concentran proporciones muy altas de ingreso y procuran formas de vida y consumo excesivos a expensas del sostenimiento de aquellas condiciones de miseria. Con frecuencia, se dan esas situaciones principal-

mente en la propia población rural, excluida en gran medida del acceso a la tierra o distribuida entre minifundios sin perspectivas económicas y técnicas, y grandes propiedades latifundiarías en que se desperdician recursos y se cierran oportunidades ocupacionales, de bajísima productividad también, en tanto las políticas gubernamentales inspiradas en objetivos legítimos de afirmación de cierta independencia económica nacional por la vía de la industrialización, han restado prioridad a los esfuerzos necesarios para modernizar e incrementar la productividad agropecuaria; con todo lo cual, ni la población rural percibe los mínimos de ingreso necesario para sostener mayores niveles de vida material, ni entrega las producciones suficientes de alimentos para el conjunto de la población. Y se dan también aquellas condiciones de miseria en estratos sociales de las poblaciones urbanas, involucradas en un esquema que se muestra incapaz de abrir las oportunidades necesarias de trabajo estable y remuneraciones adecuadas.

Recoger pues el desafío del hambre representa, entre otras cosas pero muy principalmente, aceptar el desafío de replantear todo un patrón de desarrollo, reevaluar en ello la ponderación relativa de los esfuerzos de producción de bienes de consumo esencial y particularmente de alimentos, modificar profundamente las características actuales de la distribución del ingreso, y reformular la concepción más que de la economía propiamente dicha de la sociedad misma.

## *La legitimación histórica de la reivindicación de los recursos naturales*

Hasta ahora, muchas de las respuestas al chantaje del imperialismo sobre las consecuencias de un supuesto agotamiento de los recursos no renovables, se han orientado a cuestionar los fundamentos de las apreciaciones cuantitativas y sugerir que las potencialidades son sustancialmente mayores. Corresponde agregar, sin embargo, otras consideraciones de fondo, sobre todo porque —como se ha dicho— el riesgo no está sólo en la validez de aquellos fundamentos, sino en que se la toma siquiera como hipótesis en las decisiones o políticas de las grandes corporaciones transnacionales.

Un comentario que resulta pertinente recoger es el que se refiere a la “universalidad” con que suele plantearse el cotejo entre demandas proyectadas y disposiciones previsibles de recursos, globalidad que encubre el hecho de que son los grandes países capitalistas, y particularmente los Estados Unidos, los que consumen bajo formas extremadamente irracionales y de desperdicio la mayor parte de los recursos mundiales. Si en verdad estuviera planteada una perspectiva de insuficiencia de recursos no renovables, lo que correspondería serían precisamente políticas encaminadas a limitar en esos centros capitalistas, inclusive mediante su encarecimiento, ese derroche de recursos que involucran sus niveles y modalidades actuales de consumo. No carece de fundamento, a este respecto, el comentario que alguna vez formulara el representante de Ni-

geria ante la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, cuando sostuvo que “los países en vías de desarrollo no pueden continuar ayudando a los países desarrollados a vivir por encima de sus recursos”.

Se trata, pues, de realidades o de conjeturas que, en cualquier caso, están teniendo como efecto que se atribuya hoy día una significación más decisiva que nunca a la disposición de recursos naturales no renovables. Que a partir de ello se pretenda limitar la soberanía de los países que los posean o cuestionar su derecho a decidir políticas que los protejan, no tiene bases objetivas. Por el contrario, esas mismas circunstancias están creando las condiciones para una etapa de reivindicación histórica de los países subdesarrollados, plenamente legitimada además por una larga trayectoria del pasado.

Porque la historia de los países subdesarrollados y dependientes es en gran medida la historia de la explotación de sus recursos naturales por los grandes centros imperiales. La dominación colonial representó por mucho tiempo una forma de reserva absoluta de recursos en favor del centro dominante; y a la preservación de ese objetivo específico concurrió cuanto fuera necesario hacer al amparo de los ejércitos de ocupación: destrucción de los gérmenes y posibilidades de desarrollo autóctono, detención de toda forma de avance que acrecentara las aspiraciones de las poblaciones nacionales por utilizar y beneficiarse ellas mismas de los recursos locales. En otras etapas u otras situaciones, el control de los grandes países capitalistas sobre el comercio

mundial les permitió organizar un intercambio de productos primarios por productos industriales a través del cual, por la vía de la relación de precios, se apropiaron de cuotas importantes del esfuerzo de crecimiento y aumento del ingreso de los países subdesarrollados (a este respecto, abundan en la literatura económica los cálculos sobre los cientos y miles de millones de dólares que representaron para los países subdesarrollados las tendencias al “deterioro de los términos del intercambio”). En muchos casos, la explotación de esos recursos fue hecha bajo propiedad y administración directa de empresas extranjeras, que se constituyeron en verdaderos “enclaves”, sin irradiar en modo alguno la modernización y desarrollo al resto de los sistemas económicos locales, pero a cuyos intereses se subordinaron las orientaciones de las políticas económicas globales, y cuya permanencia se aseguraba mediante la mayor obstaculización posible de toda forma de desarrollo nacional independiente. En otras fases, el desarrollo del capitalismo internacional —obedeciendo a sus requerimientos de innovaciones tecnológicas permanentes, o a la competencia entre potencias capitalistas —impulsó formas de sustitución de recursos naturales con efectos desastrosos para los países afectados del mundo subdesarrollado; baste recordar los casos de la sustitución del caucho natural por el sintético, del salitre natural por la extracción de nitrógeno del aire, de los plásticos, de las fibras artificiales en desmedro de la lana y el algodón, y tantos otros, y cómo cada sustitución de esa naturaleza dejaba como resultado la rui-

na de extensas áreas de los países subdesarrollados.

Se concluye de toda esa experiencia histórica que detentar el capital y la tecnología (y cuando ha sido necesario, también la fuerza militar) ha sido instrumento de explotación de los países capitalistas más avanzados sobre los subdesarrollados, ampliando la “brecha” de desarrollo entre unos y otros. Por lo mismo, ser depositarios de las mayores reservas de recursos naturales pasa a ser ahora instrumento legítimo de los países subdesarrollados, mediante su defensa y valorización, para acelerar su desarrollo e impulsar una distribución más equitativa del ingreso mundial. Es legítimo también porque la explotación capitalista de los recursos deja una herencia destructiva cuya superación demanda costos altísimos: herencia de suelos erosionados, de extensión de desiertos, de riquezas forestales arrasadas, de embancamiento de ríos y pérdidas fluviales, de yacimientos agotados, de infraestructuras deshechas.

***El mundo subdesarrollado cuenta en su interior con recursos humanos importantes para responder al chantaje tecnológico***

Está, por último, la respuesta necesaria al chantaje del imperialismo sobre la tecnología y el conocimiento. Relativamente fácil en lo que éste tiene de superfluo de tecnologías innecesarias dado el carácter de los productos a que se aplican, de derechos prescritos sobre los que se sigue cobrando; o suscep-

tible de contrarrestarse en los marcos de la institucionalidad internacional, como ocurre con las disposiciones restrictivas sobre el uso de marcas, o sobre aprovisionamientos y mercados, o sobre los costos de su transferencia. Más difícil en tanto descansa sobre la monopolización y reserva de los progresos permanentes, en la capacidad científica acumulada para dominarlas y en la habilitación técnica para manejarlas.

Pero quizás no se ha ponderado debidamente el hecho de que el mundo subdesarrollado cuenta en sí mismo con un acervo de recursos humanos muy importante, cuantitativa y cualitativamente para responder a ese desafío. Una corroboración objetiva de ello se encuentra en las informaciones contenidas en un informe reciente de la UNCTAD, según las cuales en los diez años comprendidos entre 1962 y 1972 la “fuga de cerebros” desde los países subdesarrollados hacia los Estados Unidos, Inglaterra y Canadá representó la emigración de unos 230,000 profesionales y técnicos, pérdida de recursos humanos calificados que se valora en 50,000 millones de dólares, suma a su vez superior a la “ayuda” suministrada por esos tres países en el mismo lapso. Es igualmente muy importante el número de profesionales y técnicos procedentes de países subdesarrollados, y particularmente latinoamericanos, que prestan servicios técnicos en otros países subdesarrollados como funcionarios de empresas o mecanismos establecidos por las grandes potencias capitalistas, y por lo tanto bajo situaciones contractuales que los obligan a representar los intereses y guardar fidelidad a esos meca-

nismos y empresas. Y a ello se agrega la disponibilidad de decenas y aun cientos de miles de técnicos y trabajadores especializados a los que la entronización de regímenes fascistas en sus respectivos países destierra y exilia, constituyendo un capital humano de enorme significación potencial.

Se ha acumulado ya al interior del Tercer Mundo, cuando se le considera en su conjunto, una diversidad de experiencias en materia tecnológica, con unos países más adelantados en determinados campos y otros en otras áreas distintas. Su capital tecnológico y de conocimiento resulta ser pobre y motiva la fuerte dependencia actual sólo en tanto se le refiere a las situaciones nacionales consideradas aisladamente, pero mucho más relevante si se le aprecia en su globalidad, con sus complementariedades y la suma de especializaciones que ha llegado a reunir. Y al dominio de las tecnologías correspondientes se agregan los valores científicos, profesionales y técnicos, capaces de evaluarlas en su adecuación a las condiciones específicas de las economías subdesarrolladas, y muchas veces con una larga experiencia en su aplicación práctica y hasta en su perfeccionamiento. Aun mayor resulta ser la idoneidad de esas capacidades cuando se trata de problemas más generales del desarrollo, a niveles nacionales o regionales, porque entonces a la calificación técnica se agrega el elemento fundamental de la formación, la práctica y la reflexión en el medio propio del subdesarrollo, sin las condiciones y los prejuicios que imponen inevitablemente otras realidades distintas y ajenas a las nuestras.

En concreto, lo que se está sugiriendo es la potencialidad muy grande que encierra ya hoy día un esquema eventual de cooperación sobre estas materias, en la escala necesaria, entre los propios países del Tercer Mundo; un fondo común de tecnologías y conocimientos, de investigaciones científicas y tecnológicas, y unas vías y mecanismos que contribuyan a que los valores científicos y técnicos formados en diversos países del Tercer Mundo canalicen parte de sus aportaciones y servicios hacia otros países del mismo mundo subdesarrollado. Con ello se ganaría no sólo en facilitar un acceso menos comprometido y dependiente a las tecnologías y desarrollos técnicos, sino también seguridad, en tanto tales intercambios y aportaciones de servicios profesionales y técnicos no quedarían subordinados a otro interés que el de los países mismos, ni condicionados como ocurre en la realidad actual a si se ajustan o no a los intereses de determinadas potencias capitalistas.

### *La experiencia latinoamericana y su significación en el Tercer Mundo*

Tan importante como encaminar nuevas proposiciones y realizaciones a partir de los problemas coyunturales que se enfrentan, es aprender de la experiencia histórica propia y hacerse cargo de las cuestiones de fondo que viene dejando planteadas todo un recorrido anterior. En este sentido, América Latina tiene mucho que aportar, toda vez que se quiera mirar a esa experiencia sin deformarla ni podarla en función de in-

tereses particulares actuales, internos y externos.

Porque a lo largo de mucho tiempo se ha buscado interesadamente sostener respecto de América Latina la imagen de una región “en desarrollo”; situada en el plano mundial en la posición de constituir un conjunto de países que en un plazo histórico relativamente corto se incorporaría en plenitud, ampliándolo y fortaleciéndolo, al “mundo occidental”, con sus valores, sus niveles de producción y formas de vida material, y sus sistemas característicos de organización social y política; es decir, constituyéndose en un aporte enriquecedor al capitalismo internacional, y en una demostración de la supuesta aptitud de éste para contribuir a la superación de los problemas del subdesarrollo y la consolidación de nuevas sociedades capitalistas independientes en expansión y modernización. No faltaban elementos objetivos para apoyar esa imagen, incluida la proximidad de los valores culturales; la antigüedad de sus formaciones nacionales y el tiempo de su independencia política formal; el relativo adelanto de sus organizaciones sociales, aparatos estatales e instrumentos administrativos; las estructuras económicas situadas ya a medio camino entre los países más desarrollados y los más retrasados en otras áreas geográficas; las relaciones ampliamente favorables entre población y dotación de recursos naturales. Lo que se requería, en los marcos de esa imagen así cultivada, era el esfuerzo necesario —esfuerzo interior y cooperación exterior— para que la región transitara por el mismo camino, reproduciéndolo, que habían seguido en

su curso expansivo los países capitalistas hoy día industrializados.

No ha hecho poco América Latina en esa dirección; pero sin los resultados esperados. Asimiló progresos técnicos, transformó en urbana una proporción mayoritaria de su población, alcanzó posiciones intermedias en sus niveles de ingreso por habitante, diversificó (en su expresión cuantitativa) sus estructuras productivas; conformó organizaciones administrativas capaces de ejercer cierto liderazgo estatal en determinados desarrollos, de establecer y operar con cierta eficiencia mecanismos de fomento y control, y hasta de incorporar gérmenes y prácticas de planificación; logró conformar y sostener cierta "entidad regional", no obstante las diferenciaciones entre países, y apoyar en ella un conjunto de organismos regionales, de coordinación, de financiamiento, y de integración económica; se abrió paso hacia una representación amplia y activa de la institucionalidad internacional, incluida su participación en los mecanismos constituidos para la defensa de sus productos básicos.

En el curso de esos esfuerzos, ha debido aprender sobre las limitaciones y la explotación que involucra basar su crecimiento económico en la exportación de productos primarios, situándose en los marcos de una "división internacional del trabajo" de supuestos beneficios recíprocos, para concluir en la crisis estéril de ese esquema. Ha debido aprender igualmente sobre las ilusiones míticas de la industrialización sustitutiva orientada a reproducir el recorrido de las economías capitalistas más avanzadas, con su secuela de dependencia

profundizada y de extremas deformaciones sociales y económicas. Ha debido aprender también de la preeminencia absoluta de los intereses del capitalismo internacional sobre las declaraciones retóricas de una supuesta comunidad de intereses, de la capacidad del imperialismo para innovarse permanentemente en sus formas de dominación y explotación, y de su carencia absoluta de inhibiciones para garantizar ese dominio toda vez que le resulta posible imponiendo gobiernos dóciles al interior de nuestros países.

De ahí que América Latina, y en particular sus fuerzas más progresistas, cobren creciente conciencia de las lecciones del pasado. Del significado que tienen las recomendaciones interesadas que se transmiten desde los centros del capitalismo internacional y la necesidad de definir otros criterios propios: ni la renuncia a la industrialización en nombre de una división internacional del trabajo que nos condene a la producción primaria y el estancamiento, ni la unilateralidad de un esfuerzo industrializador imitativo que induzca a la despreocupación por otros sectores llamados a suministrar bienes esenciales, que constituyen todavía necesidades vitales y apremiantes para grandes capas de la población de nuestros países; ni tendencias extremas a la autarquía, que nos priven de los aportes de un intercambio legítimo, ni apertura incontrolada y tolerancia suicida a la dominación exterior y la penetración de las transnacionales.

Pero madura también la comprensión de que cuando se habla de conclusiones como esas, no se está hablando sólo, ni

siquiera principalmente, de cuestiones técnicas sobre asignación de recursos y disposiciones nacionales o reglas amparadas por la institucionalidad internacional sobre inversiones extranjeras. El problema que ha llegado a enfrentar América Latina, sin encontrar cauces de superación como no sea en el caso de la transformación socialista de Cuba, es mucho más profundo; ha venido quedando prisionera de un patrón de crecimiento y un modo de funcionamiento de los sistemas económicos en que operan relaciones circulares que conforman una “dinámica perversa” en que se alimentan recíprocamente las fuerzas que profundizan la dependencia: que concentran cada vez más —al interior de cada país— el capital y el ingreso, generando extremos intolerables de riqueza y pobreza; que excluye y margina a proporciones crecientes de la población, privándola de oportunidades ocupacionales, de acceso a los niveles mínimos de vida material, de la incorporación a los servicios públicos elementales; en pocas palabras, que induce a la construcción de una economía para pagar tributo a los intereses del imperialismo y servir a las aspiraciones de consumo excesivo de un pequeño sector privilegiado de la población a expensas de una miseria generalizada. Y esto no es tampoco un problema fundamentalmente económico, sino principalmente político de lucha entre la subordinación y la liberación, de alianza y confusión de intereses entre el centro del imperialismo y las burguesías nacionales, de inconsistencia entre toda realización o aspiración democrática y la preservación de esos esquemas; de desafío gigantesco

a las fuerzas populares, antimperialistas y revolucionarias, y de identificación creciente del antifascismo con el antimperialismo y el anticapitalismo.

Ha llegado a constatarse lo que pareciera elemental: que no puede construirse una estructura económica que ofrezca los bienes y servicios característicos de un país capitalista industrializado, de miles de dólares de ingreso anual por habitante, en países subdesarrollados en que ese ingreso representa a lo más unos cuantos cientos, sino al precio de extremar la dependencia hasta los límites del sacrificio de todo proyecto nacional, y de la marginalización y pobreza de proporciones muy grandes de las poblaciones nacionales, así como de condiciones cada vez más severas de superexplotación de los trabajadores. No es un objetivo viable, además de que a la luz de lo que está ocurriendo en las sociedades de esos países capitalistas, resulta ser también un objetivo indeseable. Y ahora se constata igualmente en la realidad latinoamericana de hoy que ese precio termina por involucrar el sacrificio de todos los valores humanos que se encargan de arrasar los fascismos locales.

De ahí que sea tan dura la lucha actual en América Latina como un anticipo de la que, en ausencia de decisiones políticas fundamentales y oportunas, resultaría ser la perspectiva próxima de otras regiones subdesarrolladas; habría en ello una razón más para profundizar en el conocimiento y la asimilación de esa experiencia.

Con referencia a los términos de la confrontación actual del mundo subdesarrollado con los grandes países capi-

talistas, una conclusión clara de esa experiencia histórica latinoamericana es que no pueden disociarse los esfuerzos en el plano exterior de las condiciones del desarrollo interno. Un nuevo orden económico internacional, con todos los alcances que debe llegar a tener, es una condición necesaria, pero en modo alguno suficiente; la otra parte queda dependiendo de las transformaciones internas, de las redefiniciones ineludibles

de los patrones actuales de desarrollo que, a su vez, sólo pueden surgir de una concepción clara del tipo de sociedad a que se aspira. Por eso, en América Latina “los Pinochet” no están en este lado de la confrontación, sino del otro, y la solidaridad del mundo subdesarrollado en la lucha por sus demandas legítimas es en las fuerzas populares, y no en otras, donde encuentra su verdadero compromiso.